

Sobre la mitología bienintencionada de la lectura. Tres apostillas al libro ¿Qué leen los que no leen?

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

LA LECTURA, ¿AFICIÓN O HÁBITO?

El español Luis Arizaleta (Pamplona, 1960), fundador y director de una pequeña sociedad que coordina programas educativos municipales de animación a la lectura, FIRA, Fomento de Iniciativas Recreativas y Artísticas, ha publicado un libro que aporta un elemento fundamental al debate sobre el tema de la lectura; este elemento está planteado a manera de pregunta desde el título mismo: *La lectura, ¿afición o hábito?* (Madrid, Anaya, 2003).

Incluido en la colección La Sombra de la Palabra, que ha venido publicando obras de suma importancia en este terreno (entre ellas, *Bibliotecas escolares, ¿para qué?*, de Mónica Baró, Teresa Mañá e Inmaculada Vellosillo; *Leer antes de leer*, de Teresa Durán; y *Lectura, escuela y creación literaria*, de Ana María Machado), el libro de Arizaleta discute lúcidamente el planteamiento tradicional que, partiendo de un término canónico en esta materia (“hábito”), ha dogmatizado con frecuencia el concepto de adquisición y práctica permanente de la lectura.

Lo que, con mucha inteligencia y sensibilidad, sostiene Arizaleta es que para hacer lectores existe un camino que pasa por cultivar la afición más que el hábito, pues éste “remite a los conceptos de repetición y costumbre”, mientras que la afición se conjuga con inclinación y con disfrute. Más aún: las aficiones “forman parte de lo electivo y su ejercicio está más vinculado a las circunstancias personales que lo están los hábitos”. Dicho de otro modo, “el hábito se

ejercita con rutinaria frecuencia y se interrumpe excepcionalmente: a diario, durante toda una vida laboral, aunque no guste ni siempre ni mucho, acostumbramos a poner el despertador.”

La inclinación favorable, en cambio (caminar, reunirse con los amigos, ir al cine, etcétera), “puede ejercerse cotidianamente o no, practicarse con mayor intensidad una temporada, y con menos dedicación en determinada época de la vida”.

Una cosa importante que se desprende del inteligente debate que Arizaleta ha aportado con su libro es que las aficiones no admiten culpas ni reproches. Nadie tiene por qué sentirse mal si un día determinado no realizó su afición. No se trata de cumplir rutinas, sino de desear el placer. Y aquí tendríamos que remitirnos a la primera acepción que el *Diccionario de la lengua española*, de la RAE (Madrid, 2001), ofrece en la entrada “afición”: “Inclinación, amor a alguien o algo”. Si el hábito no hace al monje, tampoco es seguro que haga a los lectores más gozosos.

“Al subrayar la importancia de la afición –argumenta Luis Arizaleta– no tratamos de establecer una mera distancia terminológica con el discurso más habitual, de corte canónico: en verdad, nuestro punto de vista sobre la lectura difiere de las actitudes educadoras que hacen especial énfasis en la repetición, en la prescripción de buenos libros y en la trascendental importancia de la más temprana adquisición del hábito lector. Creemos que a la costumbre de interpretar en solitario textos escritos de carácter complejo, se llega en su momento; y, para educar la afición a la lectura, nos parece adecuado pensar más en ‘buenas lecturas’ que en ‘buenos libros’.”

No se equivoca Arizaleta cuando afirma que, una vez clausurada la vida de estudiante, los libros desaparecen del mundo cotidiano para convertirse, en el mejor de los casos, en objetos de culto o signos de prestigio. Y siendo así, siempre nos llevan a sentirnos obligados a decir que leer es imprescindible, aunque entre quienes lo digan, absolutamente convencidos, haya personas que no lean en absoluto.

Todos sabemos y en algún momento de nuestra vida lo decimos, que se debe fomentar el hábito de la lectura desde la infancia, que es preciso que los niños adquieran el hábito de leer. Lugares comunes y discurso reiterativo, dicen Arizaleta y Antonio Ventura, prologuista

del libro, cuando lo que debería privilegiarse es el sentido optativo de placer, puesto que sabemos también, y la realidad nos lo comprueba cada día, que la cultura libresca no es condición *sine qua non* para el éxito social, y ni siquiera para el mejoramiento moral. Harold Bloom está convencido de ello cuando afirma que “leer a los mejores escritores no nos convertirá en mejores ciudadanos”. Y conste que lo dice Bloom, lector ávido de libros, a quien no podríamos poner en duda su gusto consuetudinario y su seriedad intelectual.

El diagnóstico de Arizaleta y Ventura deberían llevarnos a reflexionar más responsablemente sobre el asunto; más allá de las mitologías bienintencionadas de la cultura. Haciendo eco del libro de Arizaleta, Ventura explica: “Leer es una práctica que practican muy pocos adultos en este país [España], aunque la mayoría de ellos hable de lo importante y de lo bueno que es leer, y de que la escuela debe desarrollar el hábito de la lectura. Me consta que casi todos los escolares y estudiantes de secundaria han escuchado muchas veces en boca de sus maestros, profesores y, también, de sus padres lo importante que es leer. Quizá con demasiada frecuencia se lo han escuchado a personas que, a pesar de decirlo, no lo practican, pues, en el fondo, no son lectores y lo que les ocurre es que, aunque piensan honestamente que leer es bueno y que la escuela debería desarrollar el hábito de la lectura, ellos tampoco lo han adquirido porque, aunque también escucharon que era bueno leer cuando fueron estudiantes, nadie les descubrió la manera de conseguir ese hábito del que todo el mundo hablaba y sigue hablando. Quizá las cosas serían distintas si todos los implicados en el asunto hablásemos del gusto por la lectura, de la afición a leer”.

Ésta es una reflexión que, a mi juicio, no deberíamos desoír.

LA DESESCOLARIZACIÓN DE LA LECTURA

Hay personas inteligentes, sensibles, capaces, brillantes, que han hecho una carrera importante en las letras y las humanidades o que poseen una reputación de haberla hecho (es decir, que *ya la hicieron*), a quienes he escuchado decir, en más de una ocasión, que a los niños y a los jóvenes hay que obligarlos a leer, hay que imponerles

una disciplina sistemática de lectura y glosa para que nuestro país no vaya dando penas por el mundo por la terrible vergüenza de su promedio de medio libro de lectura per cápita y por los últimos lugares en los certámenes mundiales de comprensión lectora. (Hace muy poco, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, OCDE, ubicó a México en el lugar 27, entre las 34 naciones que integran el organismo, en el rubro de capacidad de lectura o habilidad avanzada para leer; lo que esto quiera significar.)

He escuchado a estas personas tantas veces y siempre con énfasis tan vehemente que, en varias ocasiones, he preferido guardar silencio a fin de no dañar la relación cordial con discusiones apasionadas que, como en los temas del fútbol, la gramática o la religión, conducen a desavenencias duraderas y, a veces, a heridas de la vanidad que casi nunca cierran. (Y todo porque estas personas no perdonan a los demás el que puedan pensar de ellas que están equivocadas.)

Las personas inteligentes, sensibles, capaces, brillantes, que han hecho una carrera importante en las letras y las humanidades o que poseen una reputación de haberla hecho se ofenden con mucha facilidad si alguien pone en duda los mecanismos a través de los cuales llegaron a ser personas inteligentes, sensibles, capaces, brillantes y con una carrera importante en las letras y las humanidades o con una reputación de tal carrera.

A mí –he escuchado decir, por ejemplo, a una de estas personas– mis maestros me vareaban de lo lindo y, gracias a ello, descubrí las maravillas incomparables de los libros. Antes se leía más; hoy los jóvenes necesitan de cierto rigor y de disciplina para que apaguen la televisión y enciendan un libro.

Por eso digo –he escuchado a otra que, por cierto, tiene una obra notable y un prestigio de persona muy inteligente– que hay que encerrar a estos muchachos en el salón de clases y ponerlos a leer y a leer y a leer hasta que adquieran la disciplina de la lectura y nunca puedan abandonar el hábito de los libros.

Lo que olvidan o soslayan estas personas inteligentes, sensibles, capaces, brillantes, que han hecho una carrera importante en las letras y las humanidades o que poseen una reputación de haberla hecho, es que este método, tradicionalmente, ha sido el preferido para

invitar a leer, y que lo cierto es que, pese a su insistencia, ha conseguido muy pocos convictos. Y eso de que antes se leía más, habría que analizarlo y discutirlo para saber si es verdad o si sólo es la forma políticamente correcta de decir que todo tiempo pasado fue mejor, para alimentar la cálida vanidad de que se pertenece a una época y a una raza (la raza de los lectodinosaurios) hoy desaparecidas.

Este tipo de personas suele olvidar con demasiada facilidad que pertenecemos a una educación que imparte, por sistema, aburridísimas clases de español y de lectura y glosa, y no está muy dispuesta a reconocer lo que sí reconoce el español Antonio Ventura, en el prólogo del libro, *La lectura, ¿afición o hábito?* (2003), de Luis Arizaleta: “la mayoría de los estudiantes dejan de ser lectores al terminar su periodo de formación e ingresar en el mundo laboral; dicho de otra manera, fueron lectores por obligación mientras vivieron en el mundo escolar o académico, pues sus maestros y profesores les obligaron a leer determinados libros y en muchas ocasiones, también, les mandaron hacer algún trabajo sobre aquellas lecturas”.

Recordemos lo que Bruno Bettelheim y Karen Zelan observaban, desde hace más de dos décadas, en su libro *Aprender a leer* (1981). Estos autores nos llaman a no dejarnos engañar por el hecho de que todo el mundo afirme saber que la capacidad de leer es provechosa. Explican: “Que la gente alabe semejante conocimiento no quiere decir que él mismo se haya convertido en parte de su visión de la vida o que dé dirección a su comportamiento; puede seguir siendo un conocimiento completamente inoperante que se guarda en los recovecos de la mente y al que no se presta ninguna atención en la vida cotidiana”.

Esto es, precisamente, lo que desilusiona a los niños y a los jóvenes en las escuelas y en sus hogares: que los profesores, los padres de familia y, en general, los mayores, digan todo el tiempo que leer es provechoso, que es importante, que es formativo, que es condición del éxito individual y social, incluso que es agradable, pero que los mismos profesores, padres de familia y adultos de todo género, con sus naturales excepciones, practiquen muy poco o nada eso que tanto alaban.

El hecho de alabar las virtudes de la lectura y aun de enfatizar en exceso los beneficios que nos trae, se convierten en actos hipócritas, en frases vacías, en lugares comunes y, sobre todo, en declaraciones políticamente correctas porque es lo que se espera de la escuela. Se olvida que los discursos sin el ejemplo, las buenas recomendaciones sin la buena práctica de quien las formula, desilusionan a cualquiera y en el peor de los casos lo vuelven cínico.

Los discursos de los políticos, de los maestros, de los médicos, de los obispos, de los curas, etcétera, están repletos de propaganda que constantemente desilusiona y frustra. Cómo confiar en la rectitud de quien pregona honradez y en la primera oportunidad ofrece mordida o participa en arreglos ilegales. Cómo ponerle un pedestal a la moralidad de curas pederastas. Cómo hacerle caso al padre borracho y colérico que nos asegura que beber es nocivo para la salud y malo para la convivencia. Cómo creerle al médico obeso y fumador cuando dice que el consumo excesivo de grasa y el tabaco son malos para la salud. Cómo confiar en el lector pedante, desdeñoso, malhumorado y aburrido que nos asegura que leer nos hace mejores personas; seres racionales más humanos y personas sensibles más racionales. No es así, desde luego, como puede funcionar la lectura en la escuela ni en ningún otro lugar.

Por lo demás, leer en la escuela puede ser sin duda formativo, pero no garantiza legiones de lectores convencidos de que leer les ha abierto un mundo. La escuela se ha empeñado en no romper sus diques y en no quitarse los corsés de lo absolutamente obligatorio. Aun personas inteligentes que pregonan cierta apertura mental en todo, se alarman o se ofenden, si pertenecen al sistema escolar, cuando se habla de salirse del programa y brindar lecciones no de humanidades sino de humanidad.

Es que la escuela es tan importante y tan seria, tan herméticamente cerrada, que con cualquier entrada de aire no falta quienes sienten escalofrío y sospechan que el propósito es socavar su principio de autoridad. Y la lectura es esa especie de ociosidad que, además, introduce en la escuela el complicado problema de evaluar que sólo se soluciona a través de la comprensión lectora y de la glosa, desoyendo

uno de los derechos del lector por los que pugna Daniel Pennac: el derecho a callarse.

En su ensayo “Estudio versus lectura”, Felipe Garrido sostiene que la mayor parte de lo que algún día supimos por el estudio lo hemos olvidado, mientras que, por el contrario, recordamos lo que aprendimos por la lectura. Más aún: cree que “si no se ha aprendido a disfrutar de los cuentos y las novelas, de los poemas y los ensayos, de las ficciones y las obras que difunden las ciencias y la historia, será muy difícil sacar provecho, en nuestras escuelas y nuestras bibliotecas, de los libros para estudiar”.

La observación es del todo pertinente, pero también podemos advertir otro problema adicional: el que la “lectura” en la escuela se vuelva, precisamente, “estudio”. Puedo ser más específico: el mayor problema, creo yo, no reside tanto en la distinción o en la oposición entre “estudio” y “lectura”, o bien entre lecturas útiles y lecturas por placer, sino más bien en que la escuela convierte todo en materia de estudio, incluso aquello que naturalmente se asocia con el placer.

En el momento mismo en que los libros y la lectura sirven, exclusivamente, para un propósito práctico (presentar un resumen, analizar el lenguaje, contextualizar la época y, finalmente, aprobar el examen), en ese mismo momento, leer deja de ser un acto del todo placentero. Lo que sucede es que son muchos los defensores del papel de la escuela como un ámbito disciplinario (es decir, donde se adquiere orden, rigor y método), y muy pocos los que creemos que la institución escolar debe alejarse lo más posible del claustro clerical o militar y abrirse y participar en una cultura donde el placer no sea visto con reprobación o con desconfianza. El problema se agrava cuando el profesor que no goza con la lectura se convierte en guía y por supuesto en árbitro de los lectores en la escuela.

Desde mi punto de vista, el problema no reside en los programas de lectura, sino en la rigidez (iba a escribir frigidéz) de los procedimientos de la institución escolar para poner en funcionamiento esos programas de lectura. Mientras la lectura no sea un espacio al margen de los sistemas de evaluación, la escuela no tiene muchas posibilidades de formar verdaderos lectores. Parafraseando a Ivan Illich, por principio de cuentas habría que *desescolarizar la lectura*, aunque

esto ponga en crisis (es decir, etimológicamente, en punto decisivo) el papel tradicional de una institución, la escuela, cuyo propósito, en la Edad Media, era el de preparar convenientemente, con reglas rígidas, a los aspirantes al sacerdocio. En la época moderna, ese propósito se ha dirigido a preparar convenientemente a los aspirantes al ámbito laboral. Un lector que no obedezca austeridades en el disfrute más íntimo y que responda más bien a inclinaciones sibaritas (que se vuelven críticas de su situación y de su entorno), pone en cuestionamiento, en ese mismo instante, las reglas estrictas de la conveniente preparación.

En este punto creo que no es gratuito señalar que aunque la fallida interpretación del saber que hay en los libros puede engendrar pedantes y fatuos insoportables, una buena parte de los que leen por placer llegan victoriosamente a la otra orilla: están al margen de cánones, prescripciones y rígidas obediencias: la lectura los vuelve peligrosamente independientes, inoportunamente críticos, razonablemente incrédulos. Se vuelven, como dijera Vargas Llosa, conspiradores y corrosivos permanentes “de todos los poderes, que quisieran tener a los hombres satisfechos y conformes”.

En su brillante panfleto radical *Aviso a escolares y estudiantes* (1995), Raoul Vaneigem tiene razón: “Que la infancia haya caído en la trampa de una escuela que ha matado lo maravilloso en lugar de exaltararlo, indica suficientemente lo urgente que es para la enseñanza, si no quiere hundirse aún más en la barbarie del hastío, crear un mundo en el que esté permitido maravillarse”.

Para Vaneigem, el diagnóstico sobre el actual papel de la escuela es grave: “Ningún niño traspasa el umbral de una escuela sin exponerse al riesgo de perderse; quiero decir, de perder esa vida exuberante, ávida de conocimientos y maravillas, que sería tan gozoso potenciar en lugar de esterilizarla y desesperarla bajo el aburrido trabajo del saber abstracto”.

Y es que parece que para que la escuela sea escuela, tiene que ser, por principio, aburrida. Para que sea formativa, debe ser tediosa. Para que nos deje una cicatriz de beneficio, tiene que doler. Así ha sido, tradicionalmente, la lectura en la escuela: una lectura que sólo de manera excepcional ha conseguido formar lectores y que las más

de las veces los ha alejado, literalmente, de las lecturas que no sean aquellas obligadas para aprobar un examen.

En su libro *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario* (2001), Delia Lerner acepta que “la desnaturalización que la lectura sufre en la escuela ha sido puesta en evidencia en forma irrefutable”, y aunque sostiene que “al poner en tela de juicio la situación de la lectura en la escuela, no es justo sentar a los maestros en el banquillo de los acusados porque ellos también son víctimas de un sistema de enseñanza”, de todos modos espera que “en ciertas condiciones, la institución escolar puede convertirse en un ámbito propicio para la lectura”, y que “estas condiciones deben crearse desde antes de que los niños sepan leer en el sentido convencional del término”.

El mito de que la escuela debe doler es otro más de los conceptos equívocos en que se funda una pedagogía ritual de la competencia para el mayor rendimiento y que muchas veces sirve, como bien lo definió Ivan Illich en *La sociedad desescolarizada*, como “un puente hacia la nada”.

Lo que frustra a un potencial lector respecto de esta pedagogía es que la lectura de libros no le sirva para nada. Hay tantos ricos sin lecturas, tantos profesionales que no leen sistemáticamente, tantas personas exitosas a quienes no se les ocurriría tomar un libro ni siquiera en el aeropuerto o en la playa, hay tantos ejemplos así, que el discurso de la utilidad de la lectura en la escuela no puede ser sino otra de sus contradicciones. Leer, sí, pero ¿para qué? Para aprobar un examen, desde luego; para escribir una glosa y pasar una materia; para recurrir a un extraordinario, etcétera. Pero ¿cómo admitir que nos sirve para algo aquello a lo que no se le ve ninguna utilidad práctica?

En realidad, no es la escuela como institución la que ha conseguido inocular el virus de la lectura en un sector de los estudiantes, sino el profesor como individuo que comparte no sólo *algo de lo que sabe* sino también *mucho de lo que es*. Porque, como alguna vez lo dijo el autodidacta Juan José Arreola, “el verdadero maestro no es depósito de conocimientos estancados, no es el muro impenetrable y macizo que detiene las aguas en la represa, sino el vertedor en demasías de lo que en su alma es plenitud. Maestro es el hombre henchido

que desborda, si no sabiduría, afán de comprender el mundo y hacerse comprensible a los demás”.

Sólo bajo esta premisa, la escuela puede conseguir algo más que alumnos y, tal vez, lograr también algo más que lectores: personas que tengan la suficiente distancia y la suficiente cercanía como para desear la lectura de un libro cuyo placer no nos puede ser aportado por ninguna otra experiencia, pero, asimismo, sin necesariamente despreciar todos los demás placeres que nunca, jamás, pueden sustituirse con la lectura de un libro.

LOS BENEFICIOS CULTURALES DE LOS NO LECTORES

¿Cuántos libros leyeron Ana de Codorníu, Federico Paternina y René Barbier? ¿Cuántos libros ocuparon el tiempo de Louis Armstrong? ¿Billie Holiday, tenía biblioteca? Son preguntas simples cuyo propósito humildemente cuestionador –que ni siquiera aspira a la provocación– puede irritar a más de uno.

Sin embargo, aunque despertemos el sagrado escándalo de algunos, tenemos que ser sinceros y reconocer que a muchos otros nos tiene muy sin cuidado si Codorníu, Paternina, Barbier, Armstrong y Holiday eran o no lectores. Nos bastan las maravillas que produjeron para saber que son benefactores de la cultura incluso si no hubiesen tenido contacto estrecho con los libros.

¿Qué importa si leyeron pocos o muchos libros, o si no leyeron ninguno, si a cambio nos entregaron sus extraordinarias creaciones vitivinícolas y musicales? Cuando bebemos una copa de Codorníu, Paternina o de cava Barbier; cuando escuchamos las maravillas de Satchmo o de Lady Day (y más aún si las escuchamos mientras bebemos una copa de Codorníu, Paternina o de Barbier), ¿pensamos realmente en algún momento si los creadores de tan extraordinarios dones eran lectores? Si respondo, nada más por mí, diré que no.

Pero para no caer en parcialidad maniquea, y para que no se me acuse de establecer esta relación únicamente con personalidades de la cultura popular, podría formular la siguiente pregunta, aún más provocadora para quienes así deseen considerarla: ¿Cuántos libros

leyó Mozart? ¿Le importaban más los libros que el billar? En su biografía casi no existen huellas de que haya sido un gran lector. Aunque no faltarán los que digan que si Mozart hubiese leído más libros habría sido, seguramente, un mejor músico. ¿Cómo pueden saberlo? Mucho más probable es que nada hubiera podido hacer mejor a Mozart, que no sólo siempre *es mejor* sino que, como dijera Rossini, *es el único*.

Hay quienes están convencidos de que leer es indispensable para vivir, y podemos aceptarlo, en nuestra calidad de lectores, pero no debemos extremar conclusiones al grado de pensar que los que no leen están muertos o tienen el espíritu en agonía. Podemos comprender a Kant cuando afirmaba que “una lectura amena es más útil para la salud que el ejercicio corporal”, pero los deportistas tienen todo el derecho del mundo a no estar de acuerdo con Kant.

Al igual que Schopenhauer, Marcel Proust, gran lector además de gran escritor, era mucho más razonable sobre este asunto: “La lectura –decía– se encuentra en el umbral de la vida espiritual; puede introducirse en ella, pero no la constituye”. En palabras prosaicas, digamos que leer es un camino, y que, como todos los caminos, nos conduce a alguna parte, que puede ser luminosa o lóbrega, pues como pensaba Alberto Moravia, “un libro no es un libro, sino un hombre que habla a través de un libro”.

Lo que sucede es que hay tantas opiniones enfáticamente favorables sobre el libro, tantos pensamientos de concentración noble sobre el asunto que este unánime resplandor siempre nos fuerza a querer repetir, con un énfasis mayor, opiniones contundentes que abisman en la barbarie a todos aquellos que no tienen un libro en la mano. Sobre este asunto se exagera constantemente, y ninguna de estas exageraciones ha conseguido que se ganen adeptos para el libro; antes, por el contrario, se ha producido el fenómeno inverso.

Alguna razón tendríamos que concederle al comediógrafo español pasado de moda don Jacinto Benavente cuando asegura que sólo algunos escritores aumentan el número de lectores y que los más tan sólo aumentan el número de libros. Se pueden decir muchas cosas nobles sobre el libro (por ejemplo, que nos hacen libres o que nos guían; que constituyen el andamiaje de la cultura; que hacen aumentar nuestra

inteligencia, etcétera), pero el decir las no aumentará automática y masivamente la inclinación hacia la lectura. Lo que se olvida o casi nunca se dice es que el sentido de los libros no termina en los libros mismos, sino en que nos sirvan para pensar y sentir por cuenta propia, más allá de los libros. Kafka siempre tendrá razón: “Un libro ha de ser un hacha para romper el mar helado dentro de nosotros”. Ese mar helado que nos lleva a suponer, a muchos cultos, a muchos eruditos, a muchos lectores ávidos, que los que no leen ni escriben no son nada o son poco menos que nosotros, que nuestras prácticas culturales son superiores a las de los demás aunque a diario estemos disfrutando de los beneficios culturales que los no lectores nos regalan todos los días y a cada instante.

No estoy diciendo que no deba hacerse nada para que los demás tengan acceso a las maravillas de la lectura. Todo lo contrario. Pero lo que sí propongo es que el discurso a través del cual se invite a leer sea menos enfático, menos dogmático, más tolerante y más cordial. Y, sobre todo, que no se monte sobre el ruido, pues a veces suele olvidarse de manera increíble que uno de los peores ambientes para la lectura es aquel donde prevalece el ruido.